



EL TOCO:

de un romance con la vida a la muerte como tragedia

Entrevista a MIGUEL RICARDO

Representante legal de la Asociación Comunitaria de Parceleros de El Toco

Por: ALEXANDER RODRÍGUEZ CONTRERAS

Antropólogo

Investigador Oraloteca

Durante 2016 tuve la oportunidad de participar en un proyecto que buscaba acercarnos a las formas de vida campesina en los departamentos del Magdalena, Cesar y La Guajira. Fue en este ejercicio que tuve la oportunidad de conocer la comunidad de El Toco, ubicada sobre la margen izquierda del río Cesar, en el municipio de San Diego, Cesar. Durante las visitas realizadas conocí al señor Miguel Ricardo, quien es el representante legal de la Asociación Comunitaria de Parceleros de El Toco, que fue creada como un ejercicio para el reclamo de sus derechos sobre el territorio y a la reparación por los daños causados durante la época del conflicto armado en la región. Mientras nos tomamos el acostumbrado café en el quiosco de su patio, resumió la historia de El Toco de la siguiente manera:

Bueno, la vereda de El Toco queda en el municipio de San Diego, cerca del corregimiento de Los Brasiles, una vereda que estaba en un abandono total. Antes era un territorio con montañas, rastrojo, y nosotros estábamos en un proyecto de tener tierra. Nosotros, como usuarios campesinos, nos organizamos en el municipio de Codazzi, y viendo ese territorio, hicimos primero, antes de entrar, un estudio para bregar que el Incora, cuando eso, tuviera la oportunidad de darnos a nosotros una adjudicación en la reforma agraria.

Bueno, pasaron los años y nosotros hicimos todo el estudio de lo que era El Toco. Entramos por la vía de hecho. Nos tomamos ese territorio a la fuerza. Y, bueno, para nosotros fue una alegría porque no teníamos a dónde trabajar. Siempre estábamos acostumbrados a trabajar en tierra ajena, sembrando para allá y para acá el maíz, la yuca, y al llegar a este territorio, donde había animales hasta silvestres, había burros, caballos, ganado silvestre, fue una alegría para nosotros porque era

una tierra muy buena para el campesino, porque era para la ganadería, la agricultura, y nos tomamos esta tierra.

Las personas que estaban vecinas de estas tierras, en el verano, la utilizaban como playón; metían el ganado. Al ver todos estos colonos trabajando en estas tierras, comenzaron a llamar al señor Alfonso Murgas, y él nos echó la ley. Cayeron unos presos. Volvió y los soltó. Teníamos como ocho días. Como al mes volvió y regresó con el Ejército una mañana, y nos agarró como a doce personas. Entonces los metió presos. Nosotros luchamos. Fuimos y pusimos en la emisora Radio Guatapurí. Fuimos a la Defensoría del Pueblo. Una jueza que había en San Diego la destituyeron por esto, porque no había una orden. La hicimos destituir en esa época en el 91.

Bueno, el señor Alfonso Murgas, cuando regresó, encontró maíz, encontró yuca, ajonjolí, cacao, y dijo: “esta gente tiene ganas de trabajar”. Ahí había un secuestro que le arren-

daba a un señor de apellido Ovalle. Cultivaban algodón en la parte central, y nosotros estábamos en la vía de la montaña, donde está el río Los Encantos, que le dicen “La Sequía del Cobo”, que ella cae al río Cesar. Bueno, comenzamos a trabajar en comunidad con hacha y machete, y había un solo ranchón así como este, que lo llamábamos *landilla*. Y allí vivíamos todos, ya comenzamos, ya había frutos, porque comenzamos a coger maíz, había maíz, cosecha de ajonjolí, papaya, cacao... Bueno, y el señor Alfonso Murgas no nos molestó más. Entonces comenzamos a buscar un diálogo. Ya entró una organización que había en el departamento del Cesar, comenzó a entrar Anmuci, que era una organización de mujeres campesinas, la ANUC, que eran usuarios campesinos. Ya teníamos 3 organizaciones con nosotros haciéndonos acompañamiento, la Umata que también existía, nos fue a visitar por primera vez, ya nos sentíamos tan seguros que el señor Alfonso Murgas más nunca nos molestó.

Nosotros comenzamos a seguir la siembra porque ya entró el veranillo de San Juan, que llamamos nosotros. Entonces el señor Ovalle, que tenía las tierras arrendadas, y el secuestre sembraron algodón en el mes de agosto. Juancho Ovalle nos comenzó a llamar y nos daba la cogida de algodón a nosotros, y ya nosotros teníamos otra entrada para sostenernos en nuestras casas. Nosotros, en el mes de agosto, comenzamos a dispersarnos a otro territorio que le decían “El Ahogado”. Ya de acá nos fuimos yendo y fuimos midiendo frentes de trabajo. Entonces el señor Hugo Abrigar, que era el administrador de eso, nos dio en el mes de diciembre la cogida de algodón. Raleamos, limpiamos, cogimos algodón, tuvimos con que comprar el zinc.

Estábamos dispersos en lo que fue la montaña, Las Delicias. Estábamos en otro territorio que estaba a la orilla del río y “El Ahogado”, respetando el territorio central donde había un algodón de un secuestre, de un embargo arrendado. Bueno, nosotros ya teníamos con qué sostenerlos; ya trabajábamos. Comenzamos a hacer pozos artesanales para el agua. Ya la comunidad comenzó a entrar familia con familia. Ya había niños. Bueno, esa fue la historia de nosotros en el comienzo. Ese mes de diciembre todos contentos porque había platica. Ya no había tanta necesidad, y ya nosotros te-

níamos cultivos, cosecha de patilla y melón ahuyama. En Los Brasiles decían: “vea a coger ahuyama en El Toco”, porque había un ahuyamero. Eso había ahuyama por toda parte. ¡Qué tierra tan sagrada!

Imagínese que no había luz. Nosotros, con mechones, y la gente decía: “vámonos a pasar el 31 allá”, y antes la gente de aquí del pueblo se iba a pasar el 31 con nosotros. Ya teníamos chivos, puercos, gallinas; antes matábamos el chivo, lo salábamos. El río Cesar botaba buen pescado. Nos íbamos a pescar, salábamos, lo dejábamos. Había yuca, ñame, batata, plátano. Entonces era un cambio de vida. Ya no teníamos que pagar agua, ni recibo de luz, y nosotros nos estábamos hasta la una de la mañana de la alegría, nada más con el resplandor de la luna. Había otro mundo.

Ya en el 92 el señor que arrendaba ahí entregó las tierras porque ya vio que estaba rodeado de gente que necesitaba. Nosotros nunca lo presionamos. Antes le trabajábamos, sino que él vio que había una extensión y nosotros empezamos a tener un diálogo con Incora, la ANUC. Imagínate que nombraron como presidenta a una compañera de nosotros. La señora Aida Edith Soto era la presidenta de ANMUCI a nivel del Cesar, que era una organización de mujeres e indígenas campesinas.

Bueno, ya nosotros nos regamos

en todo el territorio. Llevamos una escuela. El primer profesor fui yo, con un compañero que se llamaba Andrés. Montamos dos escuelas de primaria. Ya sacábamos leche. Llegó Postobón y nos regaló los primeros regalos para navidad. Pusimos el primer pesebre en esa vereda. Cogimos la sede principal como la sede de la Junta de Acción Comunal. Un señor, Lucho Amaya, dio un cuarterón de tierra, porque no construían la escuela porque no tenía escrituras. Entonces, como la tierra de él tenía escrituras, nos regaló ese cuarterón y ahí se hizo la escuela y la otra que quedaba en Las Delicias, a la orilla del río Cesar. Bueno, ya el departamento y el municipio hicieron nombramiento de profesores y salimos nosotros. Nombraron tres profesores. Comenzó la vida de El Toco. Ya todo el mundo se mudó.

Teníamos un carro, un señor que le decían Coroncoro, un carro de línea. Salía en la mañana y se regresaba en la tarde. Ya había una vida en El Toco, no un solo dueño, eran 80 dueños y esas eran tierras que sembraron algodón, arroz, ganadería. Había compañeros como el señor Arrieta, que sembraba algodón. Un señor que le dicen Bigotes sembraba su miguita de arroz. Allí había algodón. Entonces había algodón, había cacao, había ajonjolí, había sorgo, había arroz, ahuyama... había de todo ahí. Imagínate que ya la Olímpica de Valledupar venía a

comprar la patilla, y eran camiones de patilla y de ahuyama, de melón, ya entraban los carros a buscar el algodón. Camiones salían blanquitos de algodón y ya había pozos artesanales. Ya había gente que compró la plantica solar, otro que a motor, y ya El Toco era otra vida. Usted pasaba por los yucales y veía el poco de huevos que ponían las gallinas, la alegría de los niños, los uniformes, los profesores contentos. Era un romance de vida.

Ya uno mataba el novillito, lo salaba y ya tenía. Uno mataba el chivo, lo ponía saladito, llevábamos los bulbos de sal y había caña. Había gente que sacaba guarapo. Ya nosotros nos olvidamos de Codazzi. Nosotros veníamos y ya a las dos de la tarde nos fastidiaba. La felicidad era allá. Había una hija de Aristel que lloraba cuando la traían para acá, mi hija que murió; a ella no le gustaba venir a clases. La felicidad de ella era allá. Teníamos el poco de huevos criollos y eso llovía quien los comprara. Iban a comprar pavo para el mes de diciembre, y eso iban era por lotes, puercos, chivos... Imagínate que la gente se iba para allá a pasar diciembre, y no se lo pasaban en el pueblo. Dormían en hamacas, así, en los ranchones, y era bonito.

Imagínate que nosotros los primeros días que comenzamos a ir a Valledupar salíamos siete personas y comprábamos tres almuerzos para partírselos para los siete, porque no

nos alcanzaba para los pasajes, tres almuerzos que la señora del restaurante a veces venía con una totumada que decía: "aquí hay hambre". Yo recuerdo eso y nosotros llegábamos a Los Brasiles a las siete, ocho, nueve de la noche, y llegábamos a las 11 de la noche a pie al territorio, y contentos. No había cansancio porque la alegría quitaba el cansancio.

En las fiestas patronales, el 11 de noviembre, el día de San Martín de Loba, nos ubicábamos en el caserío. Allá en El Toco había un señor, Toño Chibolo, que eso era más plebe. Teníamos tambora de carnaval; la gente bailaba. Bigote era cuento. Miguel Tobías, ese hombre, era pata de perro. Él está aquí en Codazzi, vive aquí en El Tesoro. Ese hombre sí ha sufrido. Él duro los años que duró, y no salía ni a Los Brasiles. Ese hombre era feliz. En este pueblo se acabó.

El Toco era tan alegre que nos unimos a los carnavales del municipio de San Diego y llevamos nuestra reina a Valledupar, que hablaron por las emisoras de Cañahuate y Guatapurí. Coca-Cola nos patrocinó. Mira todo lo que mostraba la alegría de nosotros, y era hermoso levantarse. Se acostaba uno a las nueve de la noche y levantarse a la una, y abrir los brazos y ver esa luna llena, y de pronto prender ese fogón de leña y hacer un café; fumar un tabaco. Eso era para nosotros era el orgullo. Sentarnos en

una banquita de esas que hacíamos con guácimo, para nosotros era un orgullo, era como nosotros hacer un sofá, sentarnos ahí a media noche; y de pronto coger una totumada de chicha de maíz, tomársela uno, para nosotros era un orgullo; y de pronto ver nuestros hijos dormidos ahí; y de pronto a veces irnos para allá para las rozas y traer patilla, melón, para que nuestros pelaos comieran, eso era para nosotros un estímulo; y de pronto levantarnos a las cuatro de la mañana, coger los burros irnos a traer agua, llenar nuestros calambucos a las tres o cuatro de la mañana, para a las seis de la mañana estar el desayuno listo con maíz. La mujer moliendo, eso era un orgullo. No nos sentíamos como si había cansancio. Había estímulos entre la tierra. Entonces es un estímulo muy importante a uno. Esa es la identidad de nosotros; ver los cañahuates florecidos amarillos, nos sentíamos orgullosos; no había árboles de navidad que hubiera luces que alumbraran, esa alegría de nosotros, porque ver no más los cañahuates, el roble, ver su cañahuate florecido, amarillo, era más importante eso que un árbol de navidad, que tenía ese poco de colores.

Y ver el sinsonte, el turpial, cantando a las cuatro y media de la mañana, para nosotros era la alegría, y el guapurreo de nosotros llamando los chivos y los puercos era una alegría, y ese era el estímulo de nosotros

en esa época, del 91 al 96, 97; y de pronto irnos para la sequía a cargar agua, a las tres y media o cuatro de la mañana, ese era el proyecto de vida de nuestras familias, la alegría de nuestros hijos. Eso era muy importante para nosotros como seres humanos. Comenzamos con una alianza con Incora. Nos iban a invitar a cursos, seminarios, llevaban plantas, presentaban videos, y era una realidad tan hermosa, que uno nunca llegó a pensar el cambio que tuvo esta historia a la historia tan amarga que vivimos nosotros.

Un 23 de abril, a las cinco y media de la mañana, empezaron a recoger nuestra gente. Nosotros corriendo sin saber qué era lo que pasaba. Se acabó la alegría de las 80 familias. La alegría se convirtió en llanto. Aquí llegamos a las cuatro de la mañana abajo de un aguacero, dejando todo. Allí quedaron todo el sudor, la fuerza de una comunidad, la alegría quedó allá, donde quedaron dos muertos. Era triste. No encontramos respuesta. Solo llorar, y de pronto preguntar: ¿dónde estará Arístides?, ¿Bigotes?, ¿dónde estará Juancho Huevos?, ¿don Chinche? Y decían: “No, es que mataron fue a Darío Parada”, nada más era el llanto. La gente corriendo sin saber a dónde estaba ese tejido social y viendo que ese amanecer aquí en Codazzi no era el que queríamos. Esos entierros no tuvieron los abrazos de una comunidad, era terrible. Venir aquí

Y ver el sinsonte, el turpial, cantando a las cuatro y media de la mañana, para nosotros era la alegría, y el guapurreo de nosotros llamando los chivos y los puercos era una alegría, y ese era el estímulo de nosotros en esa época, del 91 al 96, 97; y de pronto irnos para la sequía a cargar agua, a las tres y media o cuatro de la mañana, ese era el proyecto de vida de nuestras familias, la alegría de nuestros hijos.

a este pueblo con lo que teníamos puesto y encontrar la zozobra aquí, el paramilitar pasaban en las motos y camionetas, de noche nos levantábamos corriendo, yo me volé varias veces para allá para Corelca con mi madre, mi peladito.

El 18 de mayo llegaron los paramilitares al corregimiento de Los Brásiles ¿Y mi comunidad que se hizo? Allá en ese corregimiento los cogieron las balas asesinas. Por acá por esta trocha botaron a cuatro. Llegar a ese corregimiento y ver el llanto, el dolor, hacer un entierro de cuatro personas en la mañana y de pronto irnos para San Diego a acompañar a los otros cuatro es triste y doloroso. Y el Estado no estar presente con nosotros en esos momentos difíciles y de venir desde San Diego para acá con un nudo en la garganta y no había sueños, ni tranquilidad, ni nada. Yendo a Incoder y las oficinas del Incora que las pasaron para acá, para Codazzi, y de pronto se terminó ese 97, bajo el llanto y el dolor.

En el 98 el Incora iba a medir las tierras sin avisarle a la comunidad, y nosotros porque un funcionario de allá aviso: “fueron a medir y ahí si hubo plata”. Un grupo de paramilitares allá midiendo sin saber qué era, y yo peleando esos derechos, preguntando por qué no avisaron, y a muchos nos tocó pagar 100.000 pesos para tener ese derecho, pagar por la sangre que se había derrama-

do en El Toco y Los Brasiles. Bueno, se midió el territorio, comenzó la gente a entrar otra vez en cicla. Iban en cicla y regresaban en cicla, pero ya no había la confianza. Se terminó ese año también. Llegó el 99 y la gente insistiendo en ese territorio. Llegó otro grupo armado y se llevó un ganado y amenazó a la gente, que tenían que salirse. Los sacaron. Quedó el territorio solo.

Llegó el 2000 y la gente insistiendo. Como el 5, dijeron que iba el INCORA, que iban a hacer una reunión porque iban a solucionar el problema de El Toco. Fueron varios compañeros y fue tan cruel. Los compañeros que fueron perdieron la vida. Los mataron como unos miserables. Mataron a la señora Natividad, a la señora Fabiola y al señor Carlos Miranda, y vinieron al corregimiento de Los Brasiles, y mataron a tres personas más, para aterrorizar a la comunidad.

El señor Huber Rodríguez cogió ese territorio con ganadería extensiva. Eso entraba el camión y salía con puro ternero. No vieron el dolor de una comunidad. Eso fue el 7 de agosto del 2000. Nosotros nos olvidamos de eso, yo me fui para Bogotá. Eso para mí fue duro, para todos, como si hubiéramos desaparecido. En el 2006 sigue la gente todavía. Con la Gobernación hubo un retorno, pero a los opositores los metieron a todos al retorno, a mis compañeros no los metieron. Ellos abajo

de todas las circunstancias allá están. Y bueno, nosotros comenzamos a decirnos: “vamos a reclamar”, pero no, eso nos causó mucho dolor.

Como en el 2010 se nos metió el bicho. Como en el 2008 comenzamos a organizarnos otra vez, a llamarnos, y nació Asocomparto, con personería jurídica, comenzamos con unos derechos. Llegó en el 2013 la Unidad de Restitución de Tierras (URT), nosotros contentos, y mire que llevamos.

Sin embargo, eso me perjudicó a mí como representante legal, porque hicieron intentos contra mi vida y delante de la misma URT. Cuando se microfocalizó el predio, me cogieron y me amenazaron de muerte. Entró la MAP-OEA y la Fiscalía, y un señor llamado Walter Arzuaga me dijo: “te mato como un perro”, delante de ellos, porque las amenazas mías fueron allá en el territorio. Hoy en día la URT y el Juzgado Especializado de Cartagena me sacan del proceso, diciendo que yo no conozco el territorio. No me dan mis derechos y yo fui amenazado delante de ellos. Ahí comenzó el trajín de mi vida. Después, aquí en mi casa, me hicieron otro atentado, dos atentados aquí en mi casa, que mi peladita que se murió sufrió eso y lloraba. Mire lo que ha repercutido hoy en día que ella se murió del corazón con 31 años. Mire todo eso, todo el daño que me ha causado a la vida, y es duro para uno como represen-

tante de una comunidad y de una familia. Mi madre, a través de ese sufrimiento, murió. Pero aquí estoy al frente reclamando un proyecto de vida que lo comencé yo en mi juventud, y todavía hoy en día el Estado me lo niega. Es triste para mí. Dios me ha dado mucha fortaleza y hoy le muestro la bandera blanca a un país diciendo: “yo quiero paz”.

Imagínate que nuestros opositores, en el caso de las tierras de El Toco, son funcionarios y familiares de los mismos paramilitares, porque el señor Walter Arzuaga tuvo dos sobrinos que incursionaron allá; el señor Guillermo Olguín fue administrador de Huber Rodríguez, que es alias La Barbie; el señor Marlionis Arzuaga era el inspector de Los Brasiles, también tuvo un sobrino que andaba con Huber Rodríguez, y hoy en día tienen una parcela en El Toco. Y a nosotros nos trataban de guerrilleros, y la guerrilla puede venir, que den ellos las versiones libres a los paramilitares, para ver si alguno de nosotros estábamos metidos.

Estas personas nos han perjudicado. Es tanto el perjuicio que tiene la comunidad pensando en estos señores, que van a entrar. Imagínate a la señora Yara: fue a la primera que restituyeron; le dieron un proyecto productivo, consiguió un ganado y todas las cuatro vacas se las han robado. Del proyecto productivo que han hecho le han robado todo. La misma ley habla de no repetición y

aquí se está repitiendo. Están acabando todo. Talan y meten gente a hacer carbón y la URT no se manifiesta; la Defensoría del Pueblo, tampoco. Corpocesar está de lujo. Entonces nosotros vamos a la ley, y nada, la gente cómo va a trabajar si los están sacando. Les están acabando todo.

Las familias que han logrado regresar al territorio están trabajando, pero a la fuerza, y les han hecho maldades que no te imaginas. Tienen una vida imposible, sin derecho a decir nada. Nadie nos escucha. Esas 19 familias allá viven porque Dios es grande y porque son verracos. Ellos quieren un proyecto de vida.

A la policía la llama uno y a los tres días aparece. Esto es duro para una comunidad. Entonces van saliendo las sentencias, pero la gente siente miedo de ir allá. Todo el mundo está pensando en entrar allá a vivir una zozobra. No hay seguridad; eso es muy importante, porque se está repitiendo esa historia. El hombre ya no quiere meter a sus hijos, a su mujer, no hay garantías de nada. Los que están allá se encierran desde las seis y media de la tarde. Están allá viviendo una zozobra y la URT no hace nada. Pasan las cosas por Señal Colombia como si todo estuviera perfecto y nada. En la misma Ley habla que ellos tienen que ir a los territorios, y no lo hacen. Todo aquí se lo han robado. No hay puesto de salud. Cerraron la escuela.

Yo le comentaba al señor Aristel que el tema de la tierra acá es complicado. Yo le decía que si se llega a un acuerdo con el propietario, entonces cuál es el interés porque no quieren que las comunidades estén allá. Nosotros fuimos los luchadores de esas tierras porque estaban abandonadas. Allá había de todo silvestre. Imagínate que allá había unos caballos cimarrones y nosotros se los ayudamos a acorralar y nosotros no nos quedamos con ninguno.

Nuestra situación actualmente la veo muy mal, porque usted sabe que en los proyectos productivos eligen un operador. Salen 40 o 50 millones de pesos, y es triste. ¿Usted sabe que es una ampleta de hacer queso? Eso lo hacen de madera. Eso aquí un señor ebanista lo hace por 25.000 pesos, y en el proyecto productivo sale por 350; una tina que lo que vale son 180, allá vale

600 y pico. Entonces a donde está la garantía para el campesino. El operador se queda con toda la garantía. Nosotros no somos ignorantes. Nosotros ya tenemos profesionales y organizaciones, y entonces buscan un operador y ese viene es a expresar; al caído caerle... Es triste.

Se burlan, nos faltan al respeto en nuestra actividad. Eso me tiene preocupado; también el tema de seguridad de los campesinos. Me tiene preocupado la situación del vaivén, como tienen al campesino. Nos quieren poner unos operadores, a enseñarnos a nosotros lo que ya sabemos, que como echar una gallina... a enseñarnos a nosotros. Aquí tenemos una tradición. Eso no lo sabe nadie. Alumbramos los huevos con una velita. Vemos si tiene una cosita negra: ahí este sí sirve. Ese que no la tiene no sirve, y echamos 13 huevos y 13 salen. Nosotros estamos acostumbrados. Tenemos la experiencia, las chivas, el ganado, el marrano... Los curamos con el bejuco. La cultura nuestra... Entonces vienen a enseñarnos mecanismos que nosotros no compartimos; entonces cuando a una vaca se le inflama una ubre, nosotros cogemos y calentamos sal, la bañamos con agua tibia, al otro día amanece bien. Entonces para que unos operadores y nosotros seguimos siendo los mismos campesinos ignorantes y brutos, porque así es como nos tratan. No estamos de acuerdo. ■